

¡Aleluya! Le Encontré

por Irene de Hanley



No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al JUDIO primeramente, y también al griego. Romanos 1:16

Cuando tenía dieciocho años conocí al hombre que llegó a ser mi esposo. Yo era judía. Después de unos pocos meses de noviazgo nos casamos, muy en contra de la voluntad de mis padres y aun sin el conocimiento de ellos. Yo sé que mi padre tenía otros planes para mí. Mi esposo no era en ese tiempo un cristiano.

Mientras tanto, mi maestra de ciencia había tenido una experiencia real con el Señor Jesús. Ella había conocido el gozo de una rendición plena y completa, y Dios me había puesto como carga sobre su corazón. Cada sábado de por medio, por la tarde, ella venía a tocar la puerta de mi casa para hablarme acerca del Señor. Yo no quería que ella viniera, y si yo lograba verla primero, ella no conseguía verme a mí. Pero siguió llegando; si no cada quince días, entonces todos los sábados. Entraba en mi casa, se sentaba en la sala de recibo, me hablaba intensamente, y cuando ella terminaba de hablar, la ridiculizaba y me burlaba de ella y le decía, “Oh, usted es solamente emocional, eso es todo.” Y sin embargo, al mismo tiempo, allá en lo profundo de mi negro, oscuro y malvado corazón yo sabía que ella tenía algo que no poseía.

Siguió viniendo, y me enojaba mucho cuando me decía que yo debía arrepentirme, pues de lo contrario me iría al infierno. ¡Y lo decía así a secas! Pero fue necesario justamente ese hablar duro y franco para que yo me acercara a Dios, pues después de sus visitas, cuando ya yo la echaba de mi casa,

ella se detenía junto a la puerta y lloraba. Hasta me reía de sus lágrimas. ¡Oh, el amor de Dios! ¡Maravillosa es Su gracia, que puede salvar a una persona como era yo! Nunca digo esto sin detenerme para alabar a Dios, quien pudo perdonar semejantes blasfemias como de las que yo era culpable. La crudeza, veracidad y fidelidad con que me hablaba aquella maestra produjeron en mi alma una convicción, aunque yo no sabía exactamente como llamarla. No podía dormir ni comer; recorría el piso a pasos, preguntándome a mí misma hasta cuando podía yo aguantar sus visitas. Pensé que si ella seguía llegando me volvería loca. Estaba bajo convicción y no lo sabía. Dios estaba contestando las oraciones de ella y las de muchos de sus hijos en todas partes.

Ella perseveró en venir - ¿sabe cuándo dejó de llegar? No digo después de dos visitas, ni aún después de doscientas visitas. Siguió visitándome. Durante ocho largos años llegó cada quince días, algunas veces cada sábado, a hablarme del Señor Jesús. Ciertamente ella amaba al Señor, pues de otra manera no pudo haber amado a una persona tal como yo. La convicción empezó a fijarse fuertemente en mí, día tras día.

Una mañana en que mi hjita se hallaba en la escuela, mi esposo en el trabajo, y mi pequeño niño durmiendo tranquilamente, yo me puse a dar vueltas por el cuarto. De mi mente surgían preguntas, y temores se fijaban en mi corazón. ¿Qué si la maestra tuviera razón? ¿Qué si en verdad existiera un Dios? ¿Qué si Jesús fuera su Hijo? Entonces, si hay un Dios y si hay un Jesús, debe de haber un cielo y un infierno. Estos pensamientos inyectaron temores angustiosos en mi corazón. “Quizá he estado equivocada,” me dije. Por primera vez en mi vida caía de rodillas. Me arrodillé porque había oído decir que los cristianos así lo hacían. Nunca les había visto hacerlo, ni jamás había entrado en una iglesia cristiana de ninguna clase. Me habían dicho que los cristianos se arrodillaban para orar. Caí sobre mis rodillas aquella mañana, pero no sabía cómo orar. Ni siquiera sabía si había un Dios que pudiera oírme, pero quería creerlo. Deseaba aquello que la maestra de escuela tenía, aun cuando no hubiera ni Dios ni Jesús.

Arrodillada allí, miré hacia arriba y clamé, “Oh, Dios, si realmente existes, dame fe para que yo crea.” Y Dios lo hizo. Como usted sabe, aun nuestra fe es un don de Dios; pero yo sabía que tenía que ir más lejos que eso. Había creído en Dios cuando era una niña, pero no estaba satisfecha; todavía seguía buscando. Yo sabía que tenía que seguir adelante. Clame de nuevo, “Oh Dios, si Jesús es tu Hijo, dame fe para creer esto también.” Y Dios lo hizo. Parecía como si Dios hubiera corrido una cortina; y en verdad eso fue; me quitó el velo. Pablo nos dice en la carta a Romanos que el endurecimiento en parte ha acontecido a Israel. También leemos en las Escrituras que hasta el día de hoy hay un velo sobre el corazón del pueblo judío pero que cuando ese corazón se vuelva a Dios el velo le será quitado. Doy gracias a Dios que aquella mañana, cuando mi corazón se volvió a Dios honrada y sinceramente, una vez que había recibido luz, pude recibir a Cristo como mi Salvador. Clamé a Dios en el nombre de Jesús, y en el nombre de Jesús él inmediatamente me perdonó mis pecados. Gracias infinitas sean dadas a Dios por aquella preciosa mañana. No fue una experiencia que yo misma me produjera, ni fue algo del todo emocional. Y no obstante, ella afectó a mi ser por entero: intelectual, emocional, espiritual y físicamente. Gracias doy a Dios de que nací de nuevo, aun cuando no fue sino hasta tres semanas después que supe cómo se llamaba esa experiencia. Lo único que yo sabía era que algo maravilloso había sucedido en mi corazón. Mi corazón ardía. Había pasado de muerte a vida, de las tinieblas a la luz. Ya sé que no somos salvos por la experiencia; somos salvados por gracia por medio de la fe, pero me alegro de saber cuándo Jesús vino a mi corazón. Yo sé cuándo mis pecados me fueron quitados.

Algo más me sucedió mientras estaba de rodillas. En los domingos de resurrección salíamos ver a los negros bautizarse en el río Misisipi, y yo siempre decía que si en mí estuviera, haría que cada predicador

fuera fusilado por hacer que la gente se bautizara. Mientras seguía de rodillas me di cuenta de que la siguiente cosa que debía hacer era bautizarme. Luego me levanté, recogí alguna ropa y fue a llamar a la puerta de la casa del predicador más cercano. No sabía qué clase de predicador era; eso no me importaba en ese momento, ya que yo pensaba que todos creían igual.

Llamé a la puerta, y cuando me respondió adentro di un paso atrás, porque antes de ser cristiana yo había temido a ese hombre. De niños nunca nos atrevíamos a pasar su casa cuando ya había oscurecido. Temíamos que él perteneciera a la organización que nos había echado de la otra ciudad. Retrocedí al verle, y dije, "Señor, yo soy judía. Acabo de creer in Jesús. En estos momentos él quitó mis pecados, y quiero unirme a la iglesia suya. Mire, he traído mi ropa, y quiero que me bautice inmediatamente." El pobre predicador se puso tan excitado que ni siquiera me pudo hablar durante unos minutos. Tartamudeó y balbuceó, y finalmente me invitó a entrar en su oficina y me explicó lo que yo debía hacer. Me dijo que debía ir a su iglesia el domingo por la mañana, hacer una profesión pública de fe, dar a la congregación mi testimonio, y que si ellos estaban satisfechos de que yo había realmente nacido de nuevo o sido salva, como él decía, entonces podía ser bautizada esa misma noche.

Volví de la casa del predicador a la mía, dejé el atado de ropa, y busqué en una gaveta el Nuevo Testamento que había tirado allí cuando me lo regaló aquella maestra de escuela. No había querido leerlo antes; tenía demasiados prejuicios. Ni siquiera lo había abierto. Cuando la maestra me lo dio, le dije que ella estaba perdiendo su tiempo y su dinero. Todas las veces que venían a verme me citaba de memoria Juan 3:16, de modo que ese fue el versículo que me apresuré a buscar, y para deleite mío lo encontré. Allí estaba, exactamente como la maestra me lo había dicho.

Yo tenía muchos vecinos gentiles, y estaba segura que ellos no conocían de Jesús, puesto que nunca me habían hablado de él. Jamás me habían mencionado Juan 3:16, de modo que ¿por qué no ir a donde ellos y decírselos? Y así, una hora después de haber sido salva, me hice misionera de la cruz, aun cuando tuvo que pasar un año antes que supiera cómo se le decía a eso. Fui a casa de mi vecina, llamé a la puerta y me comporté como toda una mujer de negocios y les leí Juan 3:16 a los de esa casa. Por supuesto que yo estaba en negocios. Esto era un gran negocio, el mejor y el más grande negocio en todo el mundo. Le dije a mi vecina lo que me acababa de pasar y cuan feliz me sentía. Jesús había quitado mis pecados; él estaba ahora en mi corazón. Tuve una oración con mi vecina y luego proseguí a la siguiente puerta. Pensaba que todo lo que tenía que hacer es decirles a mis vecinos y ellos creerían en el momento. Pues bien, Dios honró mi fe infantil, pues aquel día diecisiete de mis vecinos fueron salvos.

Aquella noche cuando mi esposo volvió de su trabajo le dije lo que Jesús había hecho por mí. Se arrodilló en la concina, y él también confió en el Señor como su Salvador.